

San Rosendo y las raíces de nuestra fe

La fe que profesamos no la hemos inventado nosotros ni es una conquista nuestra. La hemos recibido de Dios a través de grandes testigos a lo largo de los siglos. Uno de ellos, y de una categoría singular, es San Rosendo, patrono de la diócesis de Mondoñedo-Ferrol

1. San Rosendo, modelo de fe recibida, formada, vivida y propagada

San Rosendo es modelo de una fe *recibida* en el seno de un hogar cristiano. Sus padres le iniciaron en la fe sobre todo con el ejemplo de su vida y su madre Ilduara tuvo un influjo muy particular en el itinerario espiritual de su hijo Rosendo. Realmente la familia de San Rosendo fue un ejemplo vivo de lo que debe ser todo hogar cristiano: una pequeña Iglesia, la Iglesia doméstica, que vive la fe y la transmite con generosidad.

La fe de San Rosendo es una fe *formada*. Junto a su tío-abuelo Sabarico II, obispo en S. Martín de Mondoñedo, profundizó en los fundamentos de su fe y trató de armonizar su vida de fe con los conocimientos humano que iba adquiriendo propios de su momento histórico.

La fe de S. Rosendo es, además, una fe *vivida* como monje y obispo. No es sólo ni principalmente teorías o doctrinas aprendidas. Es fruto de un encuentro personal con Jesucristo, su persona y su mensaje, que le cautivan y se constituyen en el centro de su vida entera. Rosendo se esfuerza por vivir en coherencia con la fe que profesa sin ocultarla ni presumir de ella.

Por último, la fe de S. Rosendo es una fe *propagada* en Galicia entera. No la vivió sólo para sí mismo. Recorrió Galicia entera predicando la fe de Jesucristo, fortaleció monasterios y fundó el de Celanova, como espejo en el que se podía mirar Galicia y aun España entera, trabajó por la paz y la abolición de la esclavitud tal como pervivía en su tiempo.

2. Fortalecer nuestra fe

Ante una fe recibida, formada, vivida y propagada como la de nuestro santo Patrono, nosotros hemos de reconocer que vivimos una fe debilitada. Por una parte, vivimos instalados en el consumismo que apaga la búsqueda de sentido, encierra en el presente y no proporciona motivos para la esperanza. La cultura dominante, a su

vez, promueve un laicismo beligerante que trata de convertir a los católicos en una realidad residual, cuya presencia en la vida pública hay que ir disminuyendo progresivamente.

Pero no se puede vivir humanamente poniendo la existencia de Dios entre paréntesis. Un mundo sin Dios se vuelve contra el hombre mismo. El aumento de la delincuencia, la violencia y los crímenes en el seno de los hogares, las numerosas rupturas matrimoniales tienen mucho que ver con la falta de formación cristiana. Ahora bien, la raíz de nuestros males no está fuera de nosotros. Hemos de reconocer – ejerciendo una sana autocrítica-, que somos nosotros los que llevamos dentro el virus de la ignorancia y el egoísmo que infectan cuanto tocan. Nuestras familias cristianas no viven ni transmiten la fe como sería de esperar. Los católicos no nos empeñamos seriamente en formar nuestra fe. A veces vivimos la fe de una manera vergonzante y nuestros comportamientos son poco coherentes con las convicciones religiosas que decimos profesar. Padecemos igualmente una seria atonía misionera. No es el coraje de una fe transmitida con entusiasmo lo que precisamente nos caracteriza.

Necesitamos la fortaleza del Espíritu Santo. Fortaleza para vivir según nuestras convicciones cristianas, sin titubeos, sin timideces tontas, sin refugiarnos en una tolerancia mal entendida. Testimoniemos con alegría la grandeza y la belleza de nuestra fe. Recuperemos los signos religiosos en nuestros hogares, el domingo como el Día del Señor y del encuentro con los que formamos la familia eclesial. Comprometámonos de verdad en el servicio a los más pobres, de aquí y del Tercer Mundo. En el Año de la fe fortalezcamos las raíces de nuestra fe, para que así, llenos de esperanza vigorosa, podamos ser testigos del Dios vivo en medio de los hombres y mujeres nuestros hermanos.

**Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Mondoñedo-Ferrol**

